

Fecha 17.07.2026	Sección CDMX	Página 14
----------------------------	------------------------	---------------------



La negociación que definirá el futuro del agro mexicano

Durante más de tres décadas, el comercio agroalimentario entre México y Estados Unidos se desarrolló bajo una premisa fundamental: la certidumbre. Desde la entrada en vigor del TLCAN en 1994 y posteriormente del T-MEC, millones de productores, inversionistas, empresas agroindustriales y exportadores construyeron cadenas de suministro altamente integradas con la confianza de que las reglas comerciales permanecerían relativamente estables. Hoy esa lógica está cambiando drásticamente.

La decisión de Estados Unidos de privilegiar un esquema de revisiones periódicas del T-MEC ha transformado un acuerdo comercial en un instrumento de presión geoeconómica. El tratado ya no puede entenderse únicamente como un mecanismo para facilitar el intercambio de mercancías, sino como una herramienta mediante la cual Washington busca redefinir la estructura productiva de América del Norte en función de sus intereses estratégicos, comerciales y de seguridad económica.

Para el campo mexicano, esta transformación representa uno de los mayores desafíos de los últimos años.

Los datos muestran una realidad compleja. Mientras la producción agroalimentaria nacional mantiene perspectivas favorables para 2026, con una estimación cercana a 288.5 millones de toneladas y un valor económico próximo a los 1.96 billones de pesos, persisten profundas vulnerabilidades estructurales. El crecimiento esperado del sector pecuario, de los granos y de la agroindustria confirma que México posee un enorme potencial productivo; sin embargo, ese potencial convive con una creciente dependencia de las importaciones de alimentos estratégicos.

Durante los primeros cinco meses de 2026, México importó casi 20 millones de toneladas de granos y oleaginosas, uno de los niveles más elevados registrados para ese periodo.

Particularmente preocupante resulta el caso del maíz, del cual ingresaron más de 10 millones de toneladas provenientes, prácticamente en su totalidad, de EU. Esta situación revela una paradoja que merece atención. México continúa siendo el centro de origen del maíz, uno de los principales productores mundiales y una potencia agroexportadora en frutas, hortalizas, cerveza, tequila, aguacate y berries; sin embargo, depende crecientemente del exterior para abastecer uno de los alimentos fundamentales de su seguridad alimentaria. Desde la perspectiva de la seguridad nacional, esta dependencia constituye mucho más que un problema económico.

La experiencia internacional ha demostrado que los alimentos se han convertido en un activo estratégico comparable con la energía, los minerales críticos o los semiconductores. La pandemia, las interrupciones logísticas, la guerra en Ucrania y las recientes tensiones comerciales entre las principales economías del mundo evidenciaron que quien controla la producción y el suministro de alimentos posee una herramienta de enorme influencia geopolítica.

La revisión del T-MEC representa, sin duda, un momento de incertidumbre. Pero también ofrece la oportunidad de replantear el modelo de desarrollo agroalimentario del país. Si México aprovecha esta coyuntura para invertir en innovación, infraestructura, productividad y capital humano, el campo podrá consolidarse no sólo como un motor económico, sino como uno de los principales activos de la seguridad nacional durante las próximas décadas.

El futuro del agro mexicano ya no dependerá únicamente del clima o de los precios internacionales. Dependerá, sobre todo, de la capacidad del Estado para entender que, en el siglo XXI, producir alimentos también significa ejercer soberanía. »

